

# D. FRANCISCO SILVELA Y LAS IDEAS ETICAS

Por *LUIS ARAUJO-COSTA*

**L**AS impurezas de la realidad han apartado de la política a don Francisco Silvela. ¿A qué ha de consagrarse en su retiro? El es espíritu abierto a numerosas disciplinas intelectuales. Es maestro en Historia, en especulaciones de Filosofía, en Literatura, en Arte, en Derecho. Cuatro Reales Academias le cuentan entre sus miembros más ilustres, y en ellas ha tratado de las vicisitudes del mal gusto en nuestra literatura nacional, de los principios capitales a que debe ajustarse en nuestra codificación la vida y el modo de ser de las personas morales, de los matrimonios de España y Francia en 1615 y de la influencia del sentimiento estético en los pueblos. Pónganse además otras disquisiciones de tono erudito, compiladas, o a lo menos registradas por sus títulos, en los tres tomos sacados a luz hace más de veinte años por don Félix de Llanos y Torriglia, y tendremos un punto de apoyo, un fundamento, una abundante prueba documental para estudiar la figura de don Francisco Silvela en los horizontes de la intelectualidad.

Muy adentrado desde antiguo en los métodos de la investigación literaria, histórica y filosófica, a Silvela le sobran recursos

para entretener las horas de un aceptado retiro, fuera de la política y de los sinsabores a que la política le llevó. Entre los muchos temas que, a buen seguro, solicitan su atención, le acucia particularmente uno profundamente ligado a su temperamento y a sus gustos, y que da muy por alto la medida de su condición espiritual. ¿Por qué no escribir una historia de las ideas éticas en España, como el coloso Menéndez y Pelayo ha escrito la de las ideas estéticas? Silvela pide a París, a la casa Félix Alcan, libros diversos. En la soledad de su despacho, libre de las fatigas del Gobierno y hurtando el ánimo y la atención a los importunos de toda laya, el comentador de las *Cartas de Sor María de Agreda a Felipe IV* va montando en su cerebro luminoso, más para la serenidad estoica en el pensar que para la guerra, como una máquina donde se escalonen en mutua dependencia y jerarquía los distintos sistemas de moral—sobre todo, de moral pública—que han ido apareciendo en el mundo desde los estoicos hasta aquellos finales de la vida de Silvela, cuando se comentaba la guerra ruso-japonesa con la toma de Port-Arthur y las gentes honradas se hacían cruces ante la disgregación y la ruina del Ejército francés por las fichas llamadas depuradoras y en el fondo prueba espantosa del sectarismo más cerril. He citado estos dos hechos porque a ellos alude Silvela en sus disertaciones.

Como preámbulo, anticipo, introducción y propedéutica al libro que pensaba escribir, Silvela concierta con don Segismundo Moret, presidente por entonces del Ateneo de Madrid, un curso o serie de conferencias sobre el asunto que a la sazón le preocupaba. Fruto de aquel acuerdo—no político, cultural—entre Silvela y Moret fueron las siete lecciones que, tomadas taquigráficamente según el orador las iba pronunciando, forman en las páginas finales del tomo tercero de Llanos y Torriglia el testamento intelectual de un hombre insigne que dedicó a la moral su vida entera y que tuvo por facultad maestra, como ha dicho Taine, ese respeto al imperativo categórico kantiano, con refinamiento de buen gusto, que identifican la ética con la estética. No en vano en sus años mozos ha compuesto, colaborando con su fraterno amigo don Santia-

go de Liniers, *La Filocalia*, término que designa por su etimología griega amor a la belleza, y título ya usado en los primeros siglos del Cristianismo para la obra común de otros dos amigos, famosos Padres de la Iglesia : San Basilio y San Gregorio Nacianceno.

El *Ensayo de una historia de las ideas éticas en España* se compone de siete conferencias. La primera se dió el 7 de noviembre de 1904 y la última el 7 de abril de 1905. Silvela murió el 28 de mayo del mismo año, y su labor quedó interrumpida cuando estaba apenas iniciada. Hasta la séptima y última lección, Silvela no aborda directamente la materia que se ha propuesto tratar. Los párrafos anteriores sólo valen como explicación de términos, examen de puntos de vista, determinación de posiciones mentales, adaptación de su criterio a la moda intelectual de aquellos años.

Silvela ha salvado su responsabilidad moral sobre ciertas modas intelectuales de su tiempo con la teoría y el símil ferroviario de no llegar al final de los trayectos y quedarse, cuando así place al viajero, en una estación del camino. El procedimiento acusa sutileza y finura en el pensar, pero no deja de tener inconvenientes. Uno de ellos, el principal, encuéntrase en la primera de las disertaciones. No olvidemos que Silvela es un elegante y que una de las formas más delicadas de la elegancia se llama austeridad. El culto y la práctica de la austeridad le han llevado a Silvela a familiarizarse con los estoicos. La práctica de vida que proclaman en el Pórtico Zenón y Cleanto cuadran a maravilla con su exquisitez. Recordemos por un segundo un capítulo muy importante en la historia de la civilización : aquel en que Grecia se somete al poder de Roma, legándola su cultura, su alma, su estilo. Hay un libro famoso, en el que podemos seguir todos estos incidentes, y el libro publicado hacia 1858 nos encanta del principio al final. Se titula *Polibio y la Grecia conquistada por los romanos*. Tiene por autor al mismo que compuso *La ciudad antigua*: Fustel de Coulanges. De sus páginas tomó Castelar algunos de los períodos brillantes de su *Historia de la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Dos escuelas filosóficas penetraron en Roma : la epicúrea y la estoica. Las gentes de bien se aliaron a la segunda, y siguieron

la primera los gozadores de la vida: en la Francia clásica del siglo XVII se hubiera dicho los libertinos del grupo de Ninon de Lenclos. Hoy tenemos muy olvidada la Roma de Panecio y de Polibio. Y, sin embargo, ella nos da la clave de muchos problemas en la marcha posterior, conforme los tiempos transcurren, de las ideas, de los sucesos, de los modos de pensar y de vivir. Roma prepara su grandeza en el estoicismo, y estoicos son luego los filósofos del siglo de Augusto y del Imperio. Silvela temple su alma en la lectura de los estoicos, ya posteriores al Cristianismo. Acaso Taine le ha dado el modelo de Marco Aurelio, y yo no sé hasta qué punto el de Musset para su poeta. Por español, Silvela se aficiona a Séneca y, a fuer de refinado y elegante, se entrega al Plutarco de los tratados morales, como aquel de las *Dilaciones de la justicia divina en el castigo de los culpables*, que tradujo al francés el Conde José de Maistre, autor de las *Veladas de San Petersburgo*. Marco Aurelio, Epicteto el esclavo, toda la corriente del estoicismo, incluso el estoicismo francés del siglo XVI, que ha estudiado hace treinta años en una tesis luminosa la señorita Leontina Zanta, dan a Silvela una fisonomía especial. Sin tener en cuenta todas estas manifestaciones históricas del estoicismo —que no puedo estudiar y me contento tan sólo con mencionar muy de pasada—, es difícil comprender el intento y las palabras de D. Francisco Silvela en sus disertaciones del Ateneo. Pero no cabe olvidar que los estoicos son unos moralistas sin metafísica y sin teología y que se aparentan en muchos puntos a los protestantes modernos, quiero decir a toda la corriente de la Reforma: Lutero, Calvino, etcétera. En sus conferencias de 1904 y 1905, Silvela nos ofrece la crisis de un alma que se ha paseado por la Historia y, con el firme propósito de arrepentimiento, confiesa pecados, no propios, de la humanidad descarriada fuera de la civilización católica. De haber sido Silvela tomista, como lo era D. Alejandro Pidal —desde los años en que estudió al Angel de las Escuelas con el dominico Fray Ceferino González, después Arzobispo de Sevilla y Toledo y Cardenal de la Santa Romana Iglesia—, sus lecciones del Ateneo tuvieran otra forma y otro empuje y no dilatara tanto el entrar en

materia con distingos y sutilezas de abogado. Pero a Silvela, al fin, hombre de su tiempo —no cuadra a su persona decir hombre de su época—, le ha sorbido el seso Kant, ha leído la *Crítica de la razón práctica*, y las primeras lecciones vienen a significar un trasunto de esta lectura. Todas las páginas, todos los periodos en el discurso hablado primitivo, que se encaminan a distinguir la moral dogmática de la moral crítica, no se hubieran pronunciado y no se hubieran escrito de no haber pasado el filósofo de Koenigsberg por la historia del humano pensamiento. Los hombres de ahora, los españoles de Franco, admitimos la teología moral y el orden moral, las reglas prácticas de la conducta, la ética, como un capítulo de la metafísica, de igual modo que en la universalidad teocéntrica, teándrica, si se quiere, la metafísica es una derivación de la teología, sin que se produzca entre la metafísica y la moral, o, si gustamos, entre la lógica y la moral, esa cima profundísima que la separa en el pensar kantiano, hasta el punto de ser la *Crítica de la razón práctica* una antítesis, una réplica, una rectificación a la *Crítica de la razón pura*. Silvela ha estudiado a Kant no, ciertamente, para llegar a las últimas conclusiones de su sistema y para encerrarse en el armazón lógico de un raciocinio tan fuerte y avasallador como el de las ciencias matemáticas. Silvela ha estudiado a Kant tal vez porque reviven en sus células cerebrales aquellos modos del abuelo afrancesado amigo de Moratín, y la tónica de su elegancia se refugia en el siglo XVIII y en la *Aufklärung*, como reacción ante el romántico *Sturm und Drang*, tan contrario a su temperamento. Silvela ha ido a Kant como un representante de la razón y del equilibrio, aunque al comienzo de sus lecciones del Ateneo le haga perder horas antes de entrar en materia. El buen sentido acaba por imponerse. Silvela dice ya que la moral se resiste a la historia y explica de qué manera una norma práctica de conducta, igual para todos los tiempos, puede entrar en la corriente del pasado como un determinante de sensibilidad. En este punto se unen ética y estética. Es el caso de Ovidio cuando aconseja a la hermosa Corina el delito de aborto para que no se deforme su cuerpo escultural, sin que hoy en día se asuste nin-

gún humanista; y es el caso de aquel defensor del Conde-Duque de Olivares, que ensalza entre sus virtudes la limpieza con que recibía dinero de los particulares. ¿Se trata de dos morales distintas? No. Hay una diferencia de sensibilidad en la apreciación de los hechos. Cito los mismos ejemplos que trae a su lección Silvela, y todos hemos de compartir con él la tesis de que la moral es siempre la misma, eterna e invariable, y lo que cambia es un estado psicológico colectivo de opinión y aprecio.

La historia de la moral no es, en rigor, sino la historia de las doctrinas morales. Silvela se dispone a ofrecer a los ojos de sus lectores y a los oídos de sus oyentes el conjunto de las teorías que han aparecido en el mundo para llevar a los horizontes de la inteligencia las normas de la conducta. Pero antes necesita dar a su espíritu aquella *sophrosyne* de los griegos, determinando con toda exactitud el terreno de sus ideas. De antiguo le tiene preocupado el positivismo de Augusto Comte y la sociología de Spencer. Alguna conferencia va dedicada a Comte y a Littré. Silvela ha emprendido el viaje del positivismo con la intención deliberada de no llegar al fin del trayecto. Comte tiene mucho aprovechable en su *Curso de Filosofía positiva*, sin necesidad de que compartamos —no la compartió nunca Silvela— su ley de los tres estados (teológico, metafísico y positivo) y menos todavía su agnosticismo. Silvela no fué ni pudo ser nunca un agnóstico. La primera de sus lecciones es una profesión de fe católica. ¿No dice que quien sigue a Jesucristo tiene abiertos todos los caminos de la tierra y del cielo? En los tomos de Llanos y Torriglia se inserta la polémica con Ortí y Lara sobre la posibilidad de conciliar el positivismo, y aun el hegelianismo, con la doctrina católica. El viejo catedrático de metafísica se opone en este punto al pensamiento de Silvela, y, al cabo de cuarenta años, nos inclinamos a darle la razón. Pero quien ha sido diputado, y ministro, y presidente del Consejo, toca la realidad del liberalismo, entonces prepotente, y aspira a infiltrar la verdad católica, incluso en los círculos que le fueron hostiles. Hombre de mundo en los finales de siglo, imagina que, por la persuasión y la tolerancia, se logran grandes efectos, y con su simil

de tomar el tren hasta el punto que convenga, sin necesidad de alcanzar el término del viaje, no ve inconveniente en adentrarse por los campos de Augusto Comte, el cual, además de filósofo, quiso ser pontífice de una humanidad nueva y jefe supremo de un aula, de una iglesia universal, con su culto y sus santos. El maestro imitó en su matrimonio al profeta Oseas, con todas las fatales consecuencias que son de presumir. Luego amó a Clotilde de Vaux, a quien los discípulos rendían parias de admiración y de respeto; pero, andando los años y convencidas algunas sectas positivistas de que no era posible vivir sin un ideal religioso, fundaron en sus capillas la devoción de Santa Clotilde, y así, la esposa de Clodoveo, que inicia en Francia el cristianismo en el trono, mientras San Remigio derrama sobre la cabeza del rey, su marido, las aguas bautismales, se convierte, por simple homonimia, en patrona de un credo filosófico que ha incapacitado al espíritu para conocer las verdades eternas y suprasensibles, ajenas al método de experiencia y poco asimilables a los hechos. A cuanto de ellas deriva lo nombrarán los positivistas epifenómenos. Silvela está ya de vuelta cuando el positivismo va de ida. El alma individual no se encuentra por ninguna parte. Silvela toca en este punto la cuestión batallona de la ciencia, que ya desde Aristóteles preocupa a la Humanidad. No hay más que ciencia de lo general, y como la realidad se da en los individuos, resulta que no existe una ciencia de lo real. Por eso dice Silvela: «El alma individual sólo podemos concebirla los que tenemos fe en los Libros Sagrados, en el primer hombre, cuando Dios le formó del barro e imprimió en su semblante el soplo de su espíritu, y, levantándose para la contemplación del universo, acertó a dar su nombre propio a todas las aves del cielo, a todos los peces del mar y a todas las bestias de la tierra.»

Es decir, que Silvela soluciona la antinomia de la ciencia y la realidad, precisamente, con la fe católica y la lectura de los libros santos, y si la moda de los años en que le tocó vivir le apartó de la Escolástica tomista, su creencia religiosa le mantuvo firme en el respeto y enseñanza de los textos inspirados por Dios, y en ellos

encontró la armonía y la síntesis de cosas en apariencia dispares y de no fácil unión. La doctrina católica, incluso la muy elemental, que todos aprendemos de niños en el Catecismo de Ripalda, sostiene al historiador de la ética en sus peregrinaciones sabias por las escuelas trascendentales alemanas de Fichte, Schelling, Hegel y Schopenhauer y por todas las derivaciones del positivismo en Francia e Inglaterra. Al hablar de Hegel, dedica unas consideraciones a Carlos Marx, su discípulo en la derecha hegeliana, no en la izquierda (el caso a los poco habituados a la filosofía ha de resultarles paradójico); y el haber reducido todas las funciones sociales al fenómeno económico, es motivo para que Silvela siente las verdaderas normas del orden y del derecho, en contraposición al marxismo. En 1904 no se conocían aún en ningún país del mundo las consecuencias prácticas de las doctrinas de Marx, y en aquella sala del Ateneo madrileño, ocupada materialmente por toda la intelectualidad de entonces, no era posible sospechar cómo una teoría, por muy disparatada que fuesen los especulativos, pudiera desembocar en el saqueo, el asesinato, el robo y el terror, aun con el ejemplo de la Revolución francesa y de la *Commune* de París el 71.

A Silvela no le gusta Littré como filósofo. Su condición de literato le resta, quizá, aptitudes para la filosofía. Su gloria principal está en ser el autor del mejor diccionario de lengua francesa que se conoce. Spencer es otro ídolo de Silvela, como lo es, a no dudarlo, Augusto Comte. Pero Spencer procede del positivismo comtiano y lleva a las ciencias morales unas briznas del transformismo de Darwin. A tales excesos no ha de seguirle el ilustre disertante. Es admirador de sus *Principios de Sociología*, y en ello prueba una vez más su buen gusto y su acierto; pero en todo anda con cuidado exquisito para no perderse en resultados peligrosos y avisa siempre allí donde hay error, escollo y sofisma.

Es lástima que no dedicase párrafo alguno a la escuela de la sociología positiva de Durkheim y sus seguidores —entre ellos Levy-Bruhl—, que ha traído tanto daño a Francia como a España el krausismo. Durkheim procede de Comte, lo mismo que Spencer.

El experimentalismo de la escuela de sociología positiva ha conducido a un buen éxito por la reacción natural de los sabios católicos, y ahí tenemos la etnología del P. Schmit. Aun en 1904 se echa de menos el examen de Durkheim en las conferencias de Silvela. Es de tener en cuenta, sin embargo, el estado de esbozo, de embrión, de germen tal vez, en que queda un trabajo que, de tener vida el autor para darle remate, hubiese sido soberano y hubiera dejado en mantillas a todo el movimiento ético-intelectual desarrollado en Francia por Paul Desjardins, el fundador y mantenedor de las Conversaciones de Pontigny, en el Departamento de L'Yonne, al norte de la Borgoña, uno de los más activos focos de la universal cultura durante muchos años. Sin que me pasen inadvertidas todas las profundas diferencias, yo encuentro un ligero parecido intelectual entre D. Francisco Silvela y Paul Desjardins, por lo que se refiere al aprecio de la ética y por la enemiga de uno y otro a la retórica, a la mala retórica se entiende. Era Desjardins profesor de esta asignatura en un Liceo de París, y el primer día de clase les decía a los alumnos: «En el dintel de esta puerta se escribe retórica como se pone tuberculosis en la sala de un hospital. Quiere decir que allí se cura la tuberculosis y aquí la retórica.» La oratoria de Silvela es la ausencia de la retórica.

El intento de Silvela de trazar como testamento y epílogo de su vida intelectual una historia de la ética en España, acusan, por última vez, en el tránsito de su existencia por el mundo, una personalidad refinada, a la que innato buen gusto llevó a las especulaciones más altas de la inteligencia y de la cultura. Por moda y animado de insaciable curiosidad erudita, fué a las teorías que su tiempo consideraba como la expresión más certera del pensar; pero jamás renuncia al dominio de sus facultades y apetencias y es siempre dueño de sus impresiones, de su sensibilidad y de sus ideas merced a la fe católica que le animaba y a ese instinto de buen tono, a esa serenidad del entendimiento, a esa norma de corrección social, que impide a todo ser consciente de su psiquismo superior —incluso por encima de la pirámide de Grasset— salirse

de la civilización cristiana y católica, donde se ofrece la suprema verdad en el providencialismo de la historia, y ya Silvela se ha complacido en terminar la cuarta de sus conferencias con aquella frase de Bossuet, por él calificada con toda razón de profunda: «Después de todo, el hombre se agita, y Dios es el que le conduce y le guía.»

